

## **Aplicación de la Teoría del Desarrollo de Daniel Levinson a la Consejería Universitaria**

Manuel Antonio Rivera Ed. D., C. P. L.  
Consejero de DCODE — UPR/RP

### **Resumen:**

El trabajo de consejería en el escenario universitario presenta características particulares que deben ser tomadas en cuenta al momento de iniciar el proceso de ayuda. Uno de los asuntos más significativos es la transición entre la adolescencia y la adultez temprana. Distanciarse de la estructura y los procesos familiares dados durante la crianza para establecer la identidad como adulto puede ocasionar conflictos que repercuten en la vida académica. Contar con un marco conceptual que sirva para entender, explicar y manejar las situaciones que se puedan presentar durante la consejería a estudiantes universitarios contribuye a que las intervenciones profesionales sean efectivas y eficaces. El modelo postulado por Daniel Levinson es uno de estos recursos.

**Descriptores:** transición a la vida adulta, estructura de la vida, tareas.

### **Abstract:**

College counseling presents unique characteristics that must be taken into account while organizing the helping process. One of these characteristics is the transition from adolescence to young adulthood. Distancing oneself from family processes and structure in order to establish an adult identity may give rise to conflicting situations which might have consequences on academic endeavors. The use of an instrument that helps to understand, explain, and work through scenarios that might arise during the helping process enables counseling interventions to be more effective. Daniel Levinson's model presents such a resource.

**Keywords:** transition into adulthood, life structure, tasks.

**E**l trabajo de consejería en el escenario universitario presenta unas características particulares que deben ser tomadas en cuenta al momento de iniciar el proceso de ayuda. Tal vez una de las más significativas es la transición entre la adolescencia y la adultez temprana. Es una etapa interpretada y vivida de manera única por cada individuo desde su repertorio de conductas. Elementos claves como la crianza recibida en el hogar, el aprendizaje social obtenido en la comunidad y la educación formal aprendida en la escuela, actúan como filtros que pueden condicionar y hasta determinar la conducta del joven universitario. Conducirse en un ambiente en el que están ausentes o se dan en menor grado los controles que existían en el hogar o en la escuela y en el que se recibe y responde a una presión de pares y de grupos distinta a la que se experimentaba con los amigos de la niñez y la adolescencia puede dar lugar a una serie de cuestionamientos y conflictos que repercuten en otras áreas de la vida. El encuentro con la diversidad, a veces un verdadero choque existencial, reclama el examen de todo lo aprendido y creído en los años anteriores a la vez que contribuye a la formación de la identidad y de la personalidad del estudiante. Contar con un marco conceptual que sirva para entender, explicar y manejar las situaciones que se puedan presentar durante la consejería es un recurso de gran valor para que nuestras intervenciones sean efectivas y eficaces.

El estudio del crecimiento y desarrollo humano por medio de modelos que establecen etapas claramente identificables y distintas entre sí ha contribuido a clarificar el papel que desempeñan las distintas dimensiones que forman la personalidad, los hitos o tareas que demarcan un momento de otro y la interrelación con etapas previas o sucesivas. Ahora bien, estos modelos en los que se delinear etapas discontinuas y se disminuye un tanto el enfoque de un desarrollo continuo no gozan de la aceptación incondicional de todos los teóricos. Dannefer (1984), por ejemplo, señala la importancia de incorporar los elementos sociales y culturales que intervienen en el desarrollo y no dejarlo únicamente a etapas discontinuas entre sí, desvinculadas de otras áreas o dimensiones de la vida. A pesar de ésta y otras críticas, no deja de ser cierto que el marco de reflexión a lo largo de etapas, manejo más adecuado de las situaciones atendidas en la relación de ayuda.

Daniel Levinson (1978, 1986, 1987), psicólogo norteamericano, propuso una teoría del desarrollo del adulto estructurada en una serie de etapas llamadas *eras* o *estaciones* (*seasons*). Trabajando inicialmente con hombres (1978) y posteriormente con mujeres

(1987), Levinson postuló que en el centro de todo proceso de desarrollo está la *estructura de la vida (life structure)*. Mediante este constructo, Levinson adelantó la idea de que en todo individuo hay un patrón estable de conducta que se manifiesta a lo largo del tiempo y que se convierte en el centro o núcleo de su personalidad haciéndolo único y distinguiéndolo así de los demás.

La estructura de la vida de una persona es moldeada por el ambiente físico y social del individuo y le permite responder a los cambios que se van dando a lo largo de los años. Está formada por elementos específicos como el trabajo, el matrimonio y la vida familiar, las amistades y las relaciones interpersonales, las creencias religiosas y las actividades relacionadas con el ocio. Dado que todos estos elementos son interpretados y asumidos de manera única por cada individuo, el resultado será una personalidad irrepetible, distinta de las demás. Incluso eventos normativos comunes a edades o a etapas en la vida darán lugar a conductas diferentes de otras, por lo que el profesional de ayuda deberá estar atento a estos matices propios de cada personalidad.

Para Levinson (1986), no existe una única y universal manera de estructurar la vida, sino que cada persona adulta le otorga su propia impronta, tratando de vivir las posibilidades que se presentan en cada momento. Ahora bien, ninguna estructura individual puede incorporar todas las posibilidades existentes, por lo que cada persona tendrá que pasar por un proceso de elección, de implantación y de evaluación. Esto implica que la estructura de vida es un fenómeno evolutivo y no estático, flexible y no rígido en el que tanto las opciones seleccionadas como las descartadas ocupan un lugar en la formación de la personalidad y en el proceso de revisión de la estructura de la vida en el que la consejería profesional tiene un papel muy activo.

Dado que no es posible optar por todo a la vez, la revisión de la estructura de la vida puede ser ocasión para replantearse opciones descartadas y decidir si se incorporan o se dejan definitivamente fuera de la estructura creada.

Según Levinson, este proceso de revisión de la estructura de la vida debe darse *en la parte más saludable de la persona*, a fin de que los siguientes pasos puedan interpretarse como adelanto y progreso en la vida y no como deterioro de la misma. Esta dinámica conlleva alejarse de la perspectiva patologizante que pretende descubrir *disfuncionalidades* en todo comportamiento que se distancie de la conducta establecida como norma por parte de la sociedad, centrándose en cambio en las llamadas fortalezas,

destrezas o talentos del individuo. Claro está, no siempre es fácil identificar cuál es la parte más saludable de la persona, particularmente cuando acude a la consejería buscando alivio para una situación dolorosa o un remedio inmediato para algún tipo de malestar o de incomodidad.

Tanto la formación como la revisión de la estructura de la vida en el universitario deberá considerar esta *parte más saludable*, marcada por los logros académicos, la clarificación de metas vocacionales y profesionales, la adquisición de nuevas destrezas sociales y el establecimiento de relaciones íntimas, significativas para el individuo. En efecto, muchas veces nuestras intervenciones profesionales se limitan a tratar de *desfacer entuertos*, intentando remediar situaciones que pudieron haberse evitado o a ofrecer soluciones inmediatas a situaciones críticas, las cuales sabemos tendrán repercusiones posteriores si no son atendidas adecuadamente. El enfoque eminentemente educativo, proactivo, preventivo y positivo de la consejería profesional se beneficiaría grandemente con la incorporación de esta dinámica de evaluación que acentúa lo positivo sin negar la existencia de situaciones deficitarias, ya que no siempre es fácil revisar la estructura de la vida cuando se está atravesando por momentos de especial dificultad.

En su *Teoría de la Estructura de la Vida*, Levinson (1986) identificó unos períodos del desarrollo vinculados a la edad que se van desplegando a lo largo del tiempo en una secuencia ordenada y universal. Inicialmente cuatro y posteriormente cinco, estos períodos, eras o estaciones se caracterizan por momentos de relativa estabilidad, muchas veces de corta duración y por momentos de transición, caracterizados por una fuerte intensidad emocional.

Los cinco períodos identificados por Levinson (1986) son:

- Preadulthood: Desde el nacimiento hasta los 22 años
- Adulthood temprana: De los 17 a los 45 años
- Adulthood media: De los 40 a los 64 años
- Adulthood tardía: De los 60 a los 85 años
- Adulthood realmente tardía: De los 80 años en adelante.

Como se desprende del examen de las edades, las etapas no están organizadas de acuerdo a unas cifras exactas, sino que pueden comenzar antes o después en algunas

personas. La etapa de la *adulthood realmente tardía* fue propuesta luego de que la expectativa de vida en la nación norteamericana se ampliara con los adelantos de la ciencia, la medicina y otras disciplinas relacionadas con la salud.

Aunque Levinson (1978, 1987) encontró que las mujeres atraviesan por los mismos períodos o etapas que los hombres, postuló que en éstas las etapas de la vida están mucho más vinculadas al ciclo de vida de la familia. En el hombre se relacionan más con la selección de carrera y con la vida profesional. No obstante, todo proceso de consejería deberá tomar en cuenta las diferencias atribuidas al género, así como a otros elementos sociales importantes.

En la etapa de preadulthood, el individuo comienza a desarrollar su carrera profesional y da inicio a su vida de familia. Entre esta etapa y la siguiente, evalúa los logros alcanzados y se decide a progresar en la trayectoria trazada. Como en las demás etapas identificadas, Levinson propone una serie de tareas que el joven preadulto debe realizar antes de pasar al estadio siguiente.

Algunas de estas tareas son:

**Culminar la estructura de vida adolescente, adentrándose en el mundo preadulto.** Conviene recordar que en la sociedad puertorriqueña éste no es un mundo claramente definido. En algunas instancias, el joven siente que los adultos lo consideran un par, mientras que en otras, siente que lo perciben como aún no preparado para la vida adulta. Esto puede llevar a confusiones que empañen la clarificación de metas y la toma de decisiones.

**Establecer y poner en práctica una estructura de vida propia del mundo preadulto.** Tanto ésta como la tarea anterior reclaman la existencia de mecanismos que promuevan el logro pretendido. Haría falta revisar los recursos disponibles al joven universitario para ver si, en efecto, cuenta con los medios que le permitan transicionar exitosamente de la adolescencia a la adultez temprana. Uno de estos mecanismos es la capacidad de llevar a cabo una reflexión crítica de sí mismo, a fin de identificar fortalezas y limitaciones, aprendiendo a hacer uso óptimo de las primeras y a incorporar y transformar las segundas.

**Comenzar a desarraigarse de la familia de origen.** Esto no deja de presentar una serie de conflictos en la familia puertorriqueña, particularmente cuando en muchos jóvenes se da simultáneamente con la formación de relaciones íntimas que pueden dar lugar a una nueva familia, con sus características propias.

**Desarrollar el sentido de autonomía personal.** Conlleva internalizar costumbres, normas, principios y leyes aceptados como normativos por los grupos sociales a los que se pertenece, estableciendo y desarrollando un criterio propio de reflexión y de acción. Al tiempo que exige el desarrollo tanto la independencia de influencias sociales, reclama la interdependencia para con otras personas y grupos que contribuyen al sentido de identidad y de los que no es posible desvincularse.

**Aprender y poner en práctica destrezas de manejo personal.** Tal vez una de las más importantes en el ambiente universitario es la del manejo de la diversidad. Conlleva reconocer la existencia de otras perspectivas, en ocasiones diametralmente opuestas a las propias.

**Desarrollar una identidad ocupacional.** La falta de orientación en este campo en muchos jóvenes que ingresan a la universidad contribuye a que las metas establecidas en el proceso de ayuda se compliquen seriamente, ya que el factor tiempo juega un papel decisivo. Al mismo tiempo, el hecho de que algunas experiencias relacionadas al mundo del trabajo van asociadas a una práctica o internado y conllevan una nota académica da lugar a nuevas presiones y situaciones más complejas. La presión de la familia, el tiempo y el dinero invertidos, puede contribuir también a estas presiones.

**Aprender las destrezas de ajuste al mundo adulto, particularmente las asociadas con el manejo de conflictos y la resolución de problemas.** La conducta del universitario adolescente o preadulto puede ir de un extremo del péndulo al otro, comportándose de manera impulsiva en algunas ocasiones y temeroso de tomar decisiones en otras. Esto puede llevarle a interpretar erróneamente algunos elementos que forman parte de las situaciones conflictivas y a tomar decisiones equivocadas en el manejo de las mismas.

**Probar su poder.** Tantear, o hacer pininos como adulto, lo que exige una mayor precisión de lo que conlleva la responsabilidad hacia sí mismos y hacia otros así como al resultado de las decisiones tomadas o los proyectos iniciados.

**Establecer mecanismos para la resolución de conflictos.** Esta tarea conlleva aprender a manejar resultados no esperados, tales como los fracasos en las empresas acometidas o la incompreensión o el rechazo por parte de otros.

**Establecer relaciones íntimas.** A tono con la quinta etapa del desarrollo psicosexual propuesta por Erikson, clarifica aún más el proceso del desarrollo y el

grado de madurez alcanzado.

**Establecer amistades íntimas.** Distintas de las anteriores por su grado de significado, ayuda al joven preadulto a ubicarse socialmente con respecto a otras personas y a sí mismo.

**Mantener una interacción sexual saludable, estable y apropiada.** A pesar de que se insiste en la existencia de un plan nacional de salud sexual, el mismo es desconocido por muchas personas. Adelantar iniciativas en esta dirección contribuirá a que el joven universitario entienda e integre la fuerza de su sexualidad y la incorpore en su personalidad como un elemento importante pero no como el elemento clave o definitorio de lo que es como persona. Esto conlleva desmitificar el culto a la sexualidad tan presente en nuestra vida social, ya sea abierta o solapadamente y ayudar a las personas a una integración positiva y saludable de la misma. En este apartado será necesario dialogar y negociar con muchas cosmovisiones religiosas a fin de que las personas puedan mantener aquellos postulados centrales a la fe que practican sin patologizar o penalizar la dimensión sexual de la vida.

**Involucrarse en la vida comunitaria.** Sin lugar a dudas, ésta es una de las metas más importantes de la vida universitaria. El compromiso social y la contribución profesional al bien común debe ser una exigencia moral de todo estudiante a este nivel. Una vez más, convendría evaluar los mecanismos existentes que contribuyen o entorpecen el desarrollo de esta tarea.

Obviamente, al describir los componentes de estas tareas, hablamos de indicadores del grado de desarrollo y de madurez en el joven y no necesariamente de hitos establecidos de manera inflexible. Conviene, además, recordar la necesidad de atemperar todas estas ideas a la cultura latina y de manera especial a la idiosincrasia puertorriqueña, cada vez más difícil de definir con claridad.

Durante la adultez media, la persona se hace consciente de que no podrá alcanzar todas sus metas y aspiraciones, por lo que tendrá que revisar y modificar su proceder. Es en esta etapa que trabaja más de lleno en su singularidad como individuo y trata de cultivar sus destrezas y sus valores. Las etapas finales se centran en la reflexión sobre los éxitos y los fracasos experimentados y, presumiblemente, en el disfrute de los años que quedan por vivir.

En los momentos de transición, el individuo puede cuestionar el estado de su vida,

reexaminar lo que ha logrado hasta el momento y decidirse a buscar nuevos valores y canales de expresión. Para Levinson (1986), las transiciones pueden servir de puente entre una etapa y la siguiente, posibilitando un cambio cualitativo en la vida de la persona. No obstante, estas transiciones no siempre son fáciles de recorrer o de resolver. Pueden provocar cierto grado de desequilibrio, llegando en ocasiones a producir ansiedad, confusión e inestabilidad en quien las experimenta. Es importante notar que estas transiciones no se resuelven automáticamente. Pueden darse en más de una ocasión entre dos mismas etapas sirviendo así para reexplorar los pasos dados y establecer nuevas metas y nuevos rumbos.

No empece el grado de incomodidad que produzca, la formación y consolidación de la estructura de la vida se da precisamente en y a través de estos períodos de transición y debe ser en ellas donde debemos centrar nuestras gestiones de ayuda. El tiempo de relativa estabilidad propio de cada etapa es (1978, 1987) acerca de la influencia de los ambientes físicos y sociales en la formación de la estructura de la vida, subrayado por Dannefer (1984), es ciertamente importante ya que de alguna manera ambos aspectos condicionan la toma de perspectivas y de posturas por parte de las personas y ayudan u obstaculizan los períodos de transición, pero será la manera en que se manejen estos últimos lo que decidirá la configuración de los años siguientes.

La imagen que viene a la mente es la de una persona que ayuda a otra a cruzar un puente construido precariamente sobre un abismo profundo. Puede parecer un tanto dramática, pero describe con aptitud gran parte del trabajo de consejería que realizamos en dichos momentos. De nuestra habilidad como guías y como personas en las que otras pueden apoyarse, dependerá en gran parte el éxito de la travesía. En este mismo orden, conviene resaltar que animar a las personas a buscar ayuda cuando todo está marchando bien es mucho más constructivo y beneficioso que hacerlo cuando las cosas se han salido de control y atentan contra la seguridad, el bienestar y la estabilidad emocional. Levinson (1978, 1987) mismo señala que se debe hacer “desde la parte más saludable de la persona”, postulado que coloca nuestra aportación profesional bajo una nueva perspectiva, ya que en adelante no trabajaremos desde una experiencia de déficit o según la conceptualización patologizante que en ocasiones permea las profesiones de ayuda, sino desde una visión más positiva y optimista. En efecto, si cambiamos con regularidad el aceite y el filtro de nuestros vehículos, prolongando así su vida útil, no hay razón para no hacer algo parecido con nuestra vida emocional.

Las maneras en que se conceptualiza, maneja y responde a los distintos asuntos propios a cada etapa de la vida adulta y a cada momento de transición contribuyen a la formación de una identidad personal con un mayor o menor grado de coherencia y de congruencia internas así como a unas mayores o menores destrezas para relacionarnos con otras personas. Al mismo tiempo, el estilo de conducirse en las muchas transiciones que se dan a lo largo del proceso de desarrollo tiene mucha relación con las creencias, los sentimientos, los pensamientos y las conductas que se dan en la persona y que permiten un paso más o menos efectivo a la etapa siguiente. Por lo mismo, es de suma importancia visualizar estas etapas y transiciones, no de manera lineal y casi matemática, como si a la *Etapa A* le siguiera invariablemente la *Transición A'*, continuo en espiral en el que cada que cada avance asume e incorpora los momentos anteriores. Aunque Levinson (1978, 1987) hace referencia a una serie de tareas que cada persona debe realizar en cada etapa y antes de pasar a la etapa siguiente, la tarea más importante es precisamente resolver satisfactoriamente todo lo relacionado con cada uno de estos momentos de cambio. Éste debe ser el criterio según el cual evaluemos el éxito o el fracaso de nuestra trayectoria personal.

Los jóvenes universitarios a los que atendemos en el proceso de consejería están a caballo entre la etapa de la preadulthood y la adultez temprana. El proceso de consejería deberá incorporar tanto la novedad de las situaciones a las que se exponen, las maneras en que las interpretan y reaccionan a ellas, los desequilibrios propios de las transiciones entre etapas y las posibilidades de ser y de obrar que se le presentan como una cacofonía de sonidos y de luces que les aturden y confunden. En estos jóvenes, la transición es un fenómeno en el que muchos eventos se están dando a la vez y no siempre son fáciles de interpretar y manejar.

Aunque en escuela superior ya se hubiera comenzado el proceso de individuación es en el ambiente universitario donde esta etapa del desarrollo se agudiza más. El universitario no sólo se distancia de su entorno familiar, sino de los grupos de amigos que tenía en la escuela y en su vecindario y comienza a conocer otras maneras de ver la vida y otros estilos de conducta. Estas nuevas realidades le obligan a replantearse sus propias creencias y comportamientos y le presentan la necesidad de crear nuevos significados y nuevos estilos de relación social, algo que no siempre es fácil de hacer.

Es en estas dos primeras etapas que el joven comienza a trabajar de manera más o menos seria y estable. Si el trabajo es uno de supervivencia, como en los establecimientos de comida rápida, en los que muchas veces se ve sujeto a un horario

impuesto que puede interferir con sus compromisos académicos, el joven experimentará fuertes tensiones y desequilibrios. Si el trabajo no tiene nada que ver con su elección de carrera o profesión, los niveles de indecisión y de frustración podrán aumentar de forma considerable. Como muy probablemente dependa aún de la ayuda de sus padres y tal vez el trabajo que tenga no le provea la solvencia económica que desearía, no se siente del todo adulto y se le hace difícil asumir las responsabilidades que conlleva esta etapa de su vida. Son elementos a tomar en cuenta durante el proceso de consejería desde el escenario universitario, ya que juegan un papel decisivo en la vida del joven pero muchas veces escapan a la consideración del profesional de ayuda.

Visto desde el modelo teórico de Levinson (1978, 1987), el proceso de individuación y desarrollo al que se ve expuesto el joven universitario no es otra cosa que la elaboración de su propia estructura de vida, esos patrones de pensamiento, de cogniciones y de conductas que harán al joven descubrir su unicidad y su singularidad en el mundo y le permitirá hacer sentido de cuanto le rodea. El estudiante debe haber adquirido una buena dosis de confianza en sí mismo y en las demás personas para adentrarse ahora en una multiplicidad de mundos distintos al que conocía en la relativa seguridad de su hogar y de su escuela.

Las exigencias académicas, complicadas tal vez por pobres hábitos de estudio, la necesidad de trabajar para sostenerse económicamente y los nuevos estilos sociales que va descubriendo se convierten en fuentes de tensión y de presión que deben ser atendidas mediante nuevos aprendizajes. Integrarlas adecuadamente será un logro del proceso de ayuda.

Tal vez la mejor manera de proveer ayuda a través de la consejería al joven universitario en estas dos etapas de su desarrollo es ayudarlo a examinar críticamente y a elegir sabiamente de entre la gama de *posibilidades* que se le presentan como opciones de vida. Conforme elabora su estructura de vida, va seleccionando entre distintas posibilidades de pensar, sentir y obrar. Colaborar en este proceso de selección a través de la consejería es un servicio de gran valor ya que tan importantes son las opciones seleccionadas como las descartadas y, posiblemente más importantes aún son los procesos mediante los cuales se hacen estas selecciones, ya que marcarán la pauta para futuras decisiones. La estructura de su vida se irá consolidando conforme las opciones tomadas cristalicen en una mayor congruencia interna y en unas interacciones sociales más seguras y maduras.

El joven universitario, abierto a un nuevo mundo de experiencias y animado por el entusiasmo de una adolescencia aún no concluida, puede pensar que no necesita de la ayuda de nadie para trazar su rumbo futuro. De esta manera, las distintas elecciones que haga de entre las opciones que se le presentan pueden generar nuevas tensiones, confusiones, ansiedades y la selección de nuevas amistades, las primeras experiencias en el mundo del trabajo y la manifestación de nuevas conductas, especialmente las que tienen que ver con amistades o relaciones íntimas. Puesto que no se pueden vivir todas las posibilidades que se presentan, los criterios utilizados en los procesos de selección deben ser lo más confiable posible de manera que tanto las dos etapas que nos conciernen como las múltiples transiciones que puedan darse entre una y otra sean en verdad puentes efectivos y eficaces que conduzcan a la madurez del joven, a un mayor compromiso moral consigo mismo y con los demás y a una mayor proyección social en la que vaya perfilándose como agente de cambio y gestor de un futuro más optimista y esperanzador.

Un elemento a tener en cuenta es la manera en la que el joven universitario maneja los fracasos y las decepciones. Conviene recordar el intenso dramatismo de esta edad y la pobre formación en hábitos tales como la perseverancia, la fidelidad y la constancia. Es fácil encontrarnos con jóvenes que a la primera de cambio, cuando las cosas no salen como esperaban o como exigían, tienden a darse por vencidos, o a adoptar una conducta derrotista, agresiva o pesimista. Ayudarles a entender que los fracasos sólo son resultados no esperados y que pueden servir como ocasión de aprendizaje para futuras gestiones es un paso adelante en la construcción de su definición personal y en su estructura de vida.

Otro elemento importante es la necesaria flexibilidad interna en la estructura de vida para poder manejar exitosamente las ambigüedades y las contradicciones que se dan diariamente. Como todo joven en estas edades, el universitario tiende a ser radical e inflexible, adoptando una postura de “o todo o nada”, cerrándose muchas veces al diálogo productivo con otras maneras de ser y de hacer. La consejería abrirá nuevos espacios de reflexión y de análisis que se verán traducidos en una toma de decisiones más acorde con su próxima entrada al mundo de los adultos en el que la diversidad será muchas veces la orden del día.

Levinson (1978) postula que la transición de una era a la siguiente es un paso significativo en el desarrollo y requiere un período transicional que podría durar varios años. En la etapa que nos corresponde, esos años abarcan precisamente el tiempo que el joven pasará en el escenario universitario, forjando y ayudarán a las

personas atendidas a dar el paso a la etapa siguiente de una manera exitosa.

Para finalizar, es importante recordar la diferencia entre maduración y madurez así como la relación entre madurez y adultez. Mientras el primer constructo hace referencia al crecimiento fisiológico, mediante la cual el organismo humano accede a estadios del desarrollo cada vez más complicados al tiempo que comienza a experimentar deterioro en los mismos, la madurez es un constructo que hace referencia a la integración responsable de todas aquellas cualidades que nos hacen propiamente seres humanos. El tiempo que los jóvenes pasan con nosotros, entre cuatro y seis años como promedio, lleva consigo la maduración fisiológica, pero no garantiza el que se dé la madurez emocional necesaria para una vida adulta responsable. Este último término, *adultez*, apunta a cierto grado de estabilidad en la estructura de la vida, estadio en el que se espera haber logrado la identidad propia y la clarificación de los proyectos de vida enmarcados en diferentes contextos sociales. Nuestro trabajo como compañeros de camino, y en ocasiones como guías, contribuirá a que pueda darse la transición hacia la madurez y la adultez, tal vez sin eliminar los momentos de tensión y dificultad, pero haciéndolos menos amenazantes. De ser así, todos saldremos ganando.

### **Referencias Bibliográficas**

- Dannefer, D. (1984). Adult development and social theory: A paradigmatic reappraisal. *American Sociological Review*. Vol. 49 (100-116).
- Levinson, D. (1978). *The seasons of a man's life*. New York: Knopf.
- Levinson, D. (1986). A conception of adult development. *American Psychologist*. Vol. 41, No. 1 (3-13).
- Levinson, D. (1987). *The seasons of a woman's life*. New York: Ballantine.
- O'Rand, AM., & Kreckler, ML. (1990). Concepts of the life cycle: Their history, meanings, and uses in the Social Sciences. *Annual Review of Sociology*. Vol. 16 (202-242).
- Schlossberg, NK., Anderson, ML., & Goodman, J. (2006). *Counseling adults in transition: Linking practice with theory*. New York: Springer Publishing Co.
- Wheaton, B. (1990). *Life transitions, role histories, and mental health*. American Sociological Association. Vol. 55 (April: 209-223).